

Cultura de la recreación, democracia y conciencia política

ALIXON REYES*

Universidad Pedagógica Experimental Libertador Maturín
República Bolivariana de Venezuela

RESUMEN

La recreación es un patrimonio universal cultural e intangible. Además, tiene que ver con todas aquellas experiencias vividas y sentidas por un ser humano en tanto se produce una transformación hacia eso que desea, necesita y anhela. Pero, la recreación ha sido confundida con entretenimiento y diversión, elementos que configuran una forma de ser y una forma de pensar produciendo un vaciado cultural de la recreación convirtiéndola en un asunto banal e instrumental. Y no se piense que esto es neutro e inocente. Por el contrario, es una tendencia que marca la huella de una neocolonialidad. Así, la recreación se hace, se compra y se vende, se programa y se planifica, se ofrece a la medida de quien la puede comprar y de quien la puede pagar, dejando de lado la experiencia humana como punto vital.

Palabras clave: recreación, cultura, libertad, conciencia política, democracia.

Culture of the Recreation, Democracy and Political Conscience

ABSTRACT

Recreation is a universal cultural and intangible patrimony. Besides, it has to do with all those experiences lived and felt by a human being while a transformation takes place towards it that he wishes, needs and gasps. But, the recreation has been confused with entertainment and amusement, elements that form a way of being and a way of thinking producing a cultural emptying of the recreation

* Doctor en Educación por la Universidad Pedagógica Experimental Libertador Maturín. República Bolivariana de Venezuela. Magíster en Enseñanza de la Educación Física; Magíster en Educación Superior. Coordinador del Núcleo de Investigación en Pedagogía del Movimiento «Prof. Darwin Reyes». Investigador acreditado por el Programa de Estímulo a la Investigación e Innovación del Ministerio del Poder Popular para la Ciencia, la Tecnología y la Innovación de la República Bolivariana de Venezuela. Miembro de la Confederación Iberoamericana de Medicina del Deporte; Miembro del Grupo Internacional de Estudios Socioculturales del Cuerpo. Contacto: alixdavid79@yahoo.com, alixdavid79@gmail.com.

turning it into a banal and instrumental matter. And do not think that this is neutral and innocent. On the contrary, it is a trend that marks the fingerprint of a neocoloniality. This way, the recreation is done, is bought and sold, is programmed and is planned, offers to the measurement the one who can buy it and the one who can pay it, leaving of side the experience humanizes as vital point.

Key words: recreation, culture, freedom, political conscience, democracy.

En el corazón de las selvas del Petén, en lo que actualmente es Guatemala, en la cima del Templo IV, joya arquitectónica legada por los mayas del Período Clásico, dos jovencitas turistas estadounidenses -con ropa Calvin Klein, con calzado Nike, con lentes de sol Rayban, con teléfonos portátiles Nokia, cámaras fotográficas digitales Sony, video-filmadoras JVC y tarjeta de crédito Visa, hospedadas en el hotel Westing Camino Real y habiendo viajado con millas de «viajero frecuente» por medio de American Airlines, hiperconsumidoras de Coca-Cola, Mc Donald's y de cosméticos Revlon- comentaban al escuchar los gritos de monos aulladores encaramados en árboles cercanos: «pobrecitos. Aúllan de tristeza, porque no tienen cerca un 'moll' donde ir a comprar».

Marcelo Colussi (2012, s/p)

PALABRAS PRELIMINARES

Tal y como lo decimos en otras oportunidades, en esta también deseo aclarar de partida la intencionalidad y la necesidad de la escritura en primera persona. Estas reflexiones han sido pensadas y escritas desde la plataforma de la hermenéutica como método de investigación. Como lo muestran Muñecas (2010), y Mèlich (2008), se nos hace absurda la pretensión científicista que avala el olvido de la impronta y la huella personalógica y biográfica en la escritura, y por qué no, tradición también superpuesta en la oralidad. Por ello, detrás de este texto, hay un cierto modo de pensar que intenta reivindicar una ética de la comprensión, un cierto modo de leer, un modo de escuchar al otro, a los otros, que ha sido determinante en la práctica hermenéutica.

Necesario es destacar que este trabajo está subdividido planteando el siguiente esquema: una introducción, un centro de interés (o desarrollo) que trata temáticas específicas: 1) ¿cómo pensar en tal contexto la recreación?; 2) la recreación y la política pública; 3) conceptualizando la recreación. Finalmente se ofrece un apartado titulado *recreación, democracia y conciencia política*, el cual recoge una propuesta como respuesta tentativa al planteamiento crítico del documento.

INTRODUCCIÓN

La complejidad del mundo habita de forma incorpórea en la humanidad, en la sociedad, y eso, quizá permite comprender de cierta forma cómo han sido trasvasadas nuestras creencias, nuestros idearios, nuestras representaciones en torno al hecho cultural, social y político de un país y de un continente. Si bien es cierto que las transformaciones socio-políticas acaecidas en Venezuela en la última década y media, han sido consistentes con el discurso político de las fuerzas populares, no es menos cierto que el debate se da hoy entre aquello que ha podido ser encarnado y lo que falta aún por encarnar. Se trata ahora de una lucha férrea entre modelos políticos y socioculturales de una densidad muy importante, en tanto conmueven la vida toda, la forma de pensar y hasta la forma de caminar.

En la oportunidad que nos convoca se intenta ofrecer a modo de propuesta analítica y crítica, algunas ideas en torno a cómo percibimos lo que sucede en uno de los grandes nudos —por demás— críticos del hecho cultural que, sin duda alguna —a juicio de quien escribe—, tiene implicaciones sociales y políticas serias y trascendentales. Para no caer en un embrollo de carácter circular, manifestamos la intención de escribir justamente aquello que, como dice Zambrano (2004), no se puede decir pero sí se puede escribir, esto, es, estamos pensando y escribiendo sobre la mirada crítica que tenemos en torno a la recreación, tema que nos ocupa en la actualidad en buena parte del tiempo en el que vivimos.

Evidentemente se hace imposible dejar vertida completamente una concepción particular de la recreación, y mucho menos si lo hacemos pensando en el contexto de la cultura, la pedagogía, e incluso, de la democracia y la política pública; ello, debido a la imposibilidad de la transmisión totalista de la cultura, y por supuesto, debido a que los procesos de transformación revolucionaria son permanentes (es decir, nunca se detienen); no obstante, es menester que se avisten rasgos de una concepción de la recreación que se levanta y se rebela en contra de una lógica totalitaria manifestada en una especie de epistemología estructurada y estructurante, además de absurda. Lo de absurdo va por aquello de las contradicciones teóricas y prácticas que pudiesen parecer elementales, pero que, sin embargo, han sido intencionalmente orientadas por esa misma lógica impositiva que se nutre —a decir de Heidegger (1993)— de una terminología tradicional gastada. Y sucede que, de seguir con semejante situación, esto es, perpetuando tal imaginario y privilegiando esa realidad, estaríamos haciendo una concesión odiosa a lo más atrasado de la ideología conservadora (Finol, 2012). Me refiero a una concepción reinante en el panorama de

América Latina y parte de Europa que impone «una» recreación pragmatista y pragmatizadora, obsesionada con el hacer y la técnica, ignoradora de todo lo que no entiende. Bajo las premisas de esta concepción, la recreación no es más que una actividad; así, esa recreación impone el qué, el cómo, el dónde, el para qué, sugestionado por supuesto, por una ética y una lógica de mercado; una recreación que se mimetiza con el entretenimiento y la distracción; va, además, por aquella idea —a nuestro juicio, anacoluta— del tiempo libre como reivindicación de la libertad; va por aquello de la dizque planificación del juego; va por aquello de la imposición y el disciplinamiento de la voluntad; va por aquello de la homogeneización de la experiencia recreativa, entre muchos otros elementos.

Ante este panorama, creemos que se hace necesario pensar y cuestionar algunas ideas claves en tanto se ofrece la recreación, más como experiencia y posibilidad humana, que como un mero asunto del hacer. En el entramado de la posibilidad recreativa, pensamos que la actividad es importante, pero no es, ni puede ser lo determinante, porque lo que habrá de ser finalmente determinante en realidad será la actitud, la disposición lúdica de quien vive la experiencia (Reyes, 2013).

1. CENTRO DE INTERÉS

La cita que hacemos en el epígrafe pudiese parecer un poco tragicómica, pero la verdad es que, la situación planteada por Colussi (2012) revela, de alguna manera, la manifestación de una concepción que domina el imaginario social construido en/por/alrededor de las personas al punto de la paranoia. Y es que, siendo honestos, estos son apenas algunos de los tantos estereotipos culturales que hemos permeado en nuestra forma de pensar y de vivir; estereotipos con los cuales hemos sido formados, con los cuales crecemos en esta sociedad del consumo que habitamos y sentimos en lo más profundo de nuestro ser; es como que si los llevásemos en la sangre, como que si ese tipo de estímulos ya fuese real y naturalmente nuestro, como si se tratase de un asunto de carácter genético. Y es que, si seguimos explorando seguiremos encontrando manifestaciones diversas de tal irracionalidad en el diario vivir.

Comprendiendo que el tema es inclementemente amplio, y que sería imposible agotar el mismo, en esta ocasión nos interesa en particular, trabajar sobre la idea de recreación que se ha instaurado como parte de una agenda cultural, educativa y política conducente a un estado de aplastamiento ideológico, y que ha sido robustecido especialmente desde los espacios de formación académica, desde los medios de comunicación y los modos de producción.

Los medios de comunicación, en especial los de mayor alcance, esto es, la televisión, la radio, el internet, la telefonía celular, lamentablemente se inclinan y se convierten en dispositivos para el desarrollo de una tendencia crecientemente hegemónica, traspolando y desarticulando las realidades culturales y educativas de las naciones. Por ejemplo: en Venezuela es mucho más famoso *Spiderman* que José Félix Ribas (uno de los más grandes luchadores y héroes de la independencia venezolana); hoy día una gran cantidad de jóvenes prefieren celebrar *Halloween* a participar de las fiestas patronímicas del pueblo, *Santa Claus* es por largo el personaje más famoso en las fiestas decembrinas, entre otras cosas. Como hemos dicho, estos son apenas algunos ejemplos de los tantos con los cuales fuimos formados, son algunos de los valores con los que comenzamos a reconocer al mundo y a los otros desde edades muy tempranas. Quizá no tengamos por qué llegar a culpar a turistas advenedizos, porque lo más probable es que sea esa nuestra conducta y nuestra forma de pensar. Sin darnos cuenta los hemos repetido hasta la saciedad; los consumimos con placer; los veneramos como si se tratasen de la manifestación del mismísimo Espíritu Santo. Allí subyace una idea perversa de cultura narcótica que se nos ha inculcado desde los primeros años, y sigue ejerciendo influencias poderosas e inmedibles. Se trata de un imaginario que se consolida en la escuela, es fortalecido por la familia, y recrudescido por la sociedad y los medios de comunicación. Ese ha sido el estereotipo impuesto desde las ofertas neoliberales de la moda del entretenimiento, la diversión y la distracción a través de sus canales conductores preferidos como lo son el sistema escolar y los medios de comunicación (para nada neutros e inocentes), por un modo de recreación perverso y somnoliento que empobrece la vida en vez de enriquecerla (Jappe —1998—, Debord —1995—) y que como resultado, ciñe y remite a la sumisión sin sospecha, a una manipulación demoníaca. Tal ideario ubica al entretenimiento como uno de los mayores anhelos humanos, y a la diversión desechable como una necesidad de primer orden. Incluso, pareciera haber sido extraído de un pensamiento conducente al culto pagano, al culto demoníaco al placer y al hedonismo que desposee al ser humano de su esencia, en fin, una suerte de adoración sin límites.

El mercado con toda su lógica ha impuesto una idea de recreación en la que el entretenimiento, la distracción y la diversión se han convertido en los valores supremos de la vida (Vargas Llosa, 2012), sustituyendo a la recreación como experiencia humana. Ello, sin duda, tiene una fuerte connotación política en el entendido de que —como hemos dicho—, tales manifestaciones para nada son neutras y desarrollan una política de la ignorancia y de la alienación total.

Como se verá, se trata de una distracción y un entretenimiento que para nada pueden igualarse con la recreación, debido a que la apología que generan y concretan, tienden —cada cual a su manera— a la alienación del hombre, a la pérdida de espacios para la práctica y el ejercicio de la libertad, al secuestro de la esteticidad, a la globalización y pérdida de la intimidad, a la pérdida de espacios democráticos, y en muchos casos, a la degradación de la cultura y de la dignidad humana, a la destrucción de los valores, de la ética y la moral, y a la socavación de nociones tan importantes como la convivencia, la tolerancia y el respeto; tienden, además, a la trivialización de los elementos que en realidad potencian lo lúdico, lo creativo, la inventiva, la *poiesis*, la disposición a jugar, a reír, a compartir, a contemplar; y favoreciendo la irrupción de supuestos que promueven el desgaste de la educación, del hogar y la familia, que exaltan y solidifican el delito y la impunidad. Esta oferta recreativa remite a una recreación vaciada, y al decir vaciada, me refiero a una recreación a la que se le han sustraído sus elementos éticos y estéticos. Álvarez y cols. (2010), sostienen:

La verdadera recreación es la que potencia la obtención de experiencias vivenciales positivas que enriquezcan la memoria y permitan la vitalidad del individuo a través del recuerdo. A ella se opone el simple entretenimiento. La recreación es participación... el entretenimiento es evasión. Cuando una persona se limita a entretenerse está acudiendo a la práctica del olvido (p. 19).

El imperio invisible de la contracultura intenta convertir al hombre en aquel espécimen de laboratorio empleado por Ivan Pavlov —especialmente en 1901— (Todes, 2002). Lo postra, lo convierte en un ser sumiso y sin voluntad, repetidor de hábitos, esclavo de sus impulsos, repetidor sin más de consignas, lo transfiguran en el rey consumidor, a decir de Caro (1967). Le ofrece un espejismo en el cual le promete una difusa independencia de criterio, pero este no es más que un canto de sirenas que engaña sutilmente. Se crea de esa manera a un consumidor atrapado en una compleja red de apetencia y complacencia de las pasiones, red esta que se ha tejido desde la superestructura del mercado (y su mano, que la suponen transparente), pero que ha sugestionado a ese consumidor obligando a la solidificación y mantención de un sistema de producción estructurado y estructurante.

1.1. ¿Cómo pensar la recreación en tal contexto?

Es probable que aún no seamos conscientes de todo el impacto que han causado en nuestras sociedades, las creencias y las costumbres que tenemos, que atesoramos y que practicamos en el contexto de la experiencia recreativa.

Es muy probable el que no nos hayamos percatado de la campaña mediática que sigilosa y astutamente induce comportamientos y conductas de evasión propiciadas por una cultura del entretenimiento y la diversión (bajo excusas muy promiscuas) que parecieran ser *chéveres*, pero que se manejan con fórmulas y la arrogancia de los principios dizque indiscutibles, representando a la postre una especie de venta del alma al diablo. Por eso, es importante que le demos a cada cosa su justa dimensión. Lo decía Terigi (2006): «Las teorías, las representaciones, los imaginarios siempre producen efectos en las políticas concretas, en las prácticas específicas y en los sujetos reales. Los efectos pueden adquirir distintos signos, y todos ellos dejan trazas en la vida» (p. 24). Y si es así, ¿cómo entonces no preocuparnos por lo que pensamos en torno a la recreación, el ocio y el tema tan discutible del tiempo libre. A título personal, creo que Terigi ha dado en el clavo con esta aseveración. Lo que creemos sí es importante, porque las cosas que hacemos dependen justo de eso. Por ello, al pensar el tema de la política pública es imprescindible revisar, analizar, cuestionar y modificar las creencias y los imaginarios colectivos que se construyen alrededor de ellas. A este debate se agrega Savater (2012) para decirnos que:

Las costumbres no tienen por qué ser respetadas como si fueran vacas sagradas. No tenemos que aceptarlas sin más, ni en nuestras sociedades ni en la de los otros... el progreso moral viene de oponerse a lo que está mal, a no conformarse con lo que a uno le viene dado, ni a dejarse amedrentar por argumentos como: 'es lo que siempre se ha hecho aquí'... Otra cosa es que para erradicar esas costumbres tengamos que argumentar y persuadir. Tienes que exponerles las distintas opciones y dejarles elegir (p. 159).

Esto es fundamental: la concepción que como pueblo tenemos de la recreación, sí es importante, y ello es así en vista de que permitirá tener una idea de lo que queremos y hacia dónde vamos. De alguna manera, quizá aún inmedible para la ciencia, las creencias condicionan y determinan en gran parte lo que somos y lo que hacemos. Por ello no es poca cosa pensar en todo lo que construye el imaginario en torno a la recreación, incluso, desde cuáles dispositivos culturales se ha manufacturado esta tendencia. ¿Cómo pensamos la recreación? Es esta una pregunta muy amplia, y no podemos arrogarnos un concepto definitivo, en tanto no tenemos ni deseamos poseer la palabra que clausura. Según Reyes (2012a):

Cada persona, cada profesional consultado esgrime una idea diferente y particular, no obstante sea cual sea la concepción (sin saberlo) se encuentra sustentada en alguna teoría, bien sea, la corriente del recreacionismo

(Joseph Lee), la teoría de la actividad (Alekséi Leontiev, Vladímir Davydov, Lev Vygotsky, Yrgö Engeström), la teoría ergódica (David Birkhoff, Jhon Von Neumann, Andrey Kolmogorov), la teoría de la deriva del yo (Francis Bacon), la teoría del interaccionismo simbólico (Herbert Blumer), la teoría del ludismo y el *fluir humano* (Mihaly Csikszentmihalyi), entre otras (p. 115).

Ahora bien, entendiendo que existe una relación entre el concepto instituido y el imaginario que prela en el colectivo, deseamos expresar que en este escrito se apuesta por la existencia de una relación estrecha y necesaria entre el ser, el sentir y el hacer; relación esta que estaría identificada por una columna vertebral representada por la lúdica como actitud de vida (ser), la recreación como experiencia de vida (sentir), y la actividad lúdica (hacer). Incluso, es esta una tríada que vale la pena considerar a la luz de los componentes éticos, estéticos y políticos de la recreación cuando es pensada desde la plataforma de la política pública como forma de mediación (Reyes, 2013). En el tenor de estas consideraciones nos amparamos en una concepción que permite a su vez recrear la teoría misma desde la práctica. Esto es, una concepción que permita la reconfiguración del aparato teórico partiendo de lo que hacemos a diario, al tiempo que ofrece respuestas en una aproximación al elemento sustancial: la recreación. Estas líneas son producto de ese cuestionamiento personal permanente, de la constatación y validación en el campo de las experiencias vividas junto y con los niños, los jóvenes, adultos, ancianos, etc., de la interpelación al formato académico, de la conversación con muchos colegas y especialistas, y de la constante revisión de documentos que ofrecen perspectivas interesantes.

Al revisar la práctica recreativa institucional, la práctica recreativa empresarial y la práctica recreativa escolarizada, al cuestionar nuestras propias experiencias, al hablar con la gente incluyendo varios profesionales en el campo, al revisar la literatura que predomina con respecto a la recreación y su fundamentación, percibimos una idea de recreación centrada en la actividad, en el entretenimiento y la diversión, una recreación que se vende y se compra, una recreación «que se hace», «que se programa», «que se planifica», una recreación centrada en lo que algunos llaman el uso y el aprovechamiento del tiempo libre, pero que no es agenciadora de cultura y mucho menos de experiencias (sino de actividades), entre otras cosas. Ese tipo de recreación es precisamente el que llena las arcas de quienes pueden venderla, y el que pueden comprar los que tienen para hacerlo. Como hemos dicho, la idea de recreación que ha sido impuesta en Venezuela desde hace muchos años está configurada sobre las bases de un modelo activista, diversionista, rentista y entretenedor.

Es el típico *Pay Per View* (pague por ver), la expectación. Es así como se cae en la esfera dicotómica de lo que se hace y de lo que se es. Al parecer consumo es sinónimo de recreación, de dirigismo; tareísmo es sinónimo de recreación, de entretenimiento, y activismo también es sinónimo de recreación. Así, la recreación termina siendo una relación de causa-efecto respondiendo a una realidad lógica, no ética. De esta forma es concebida como una actividad, y en eso comulgan la gran mayoría de los autores contemporáneos.

Como se puede apreciar, el problema que denunciamos no se reduce tan solo a un asunto de parquedad, de ambigüedad o de imprecisión semántica; tampoco a un problema de igualación u homogeneización de los términos (recreación, ocio, tiempo libre, juego, animación sociocultural); mucho menos a la sofisticación del discurso hegemónico. No creemos que el problema exclusivo sea la pretensión omnicomprendiva y plenipotenciaria que de la recreación tienen algunos sectores (que obviamente es parte del problema), sino que a esto se le añaden las prácticas irreflexivas que producen el vaciado de la recreación, las prácticas que auscultan en pos de ello y la incidencia política que tienen sobre la noción de cultura en un país. Esa especie de activismo oculta una política de la no política, esto es, perpetúa un modelo de recreación anestesiante, espectacularista, una especie de narcótico alucinógeno. Un modelo de recreación así, es eminentemente «dirigido», no mediado. El filósofo español Fernando Savater (2003), sostiene: «sin intención no hay acción» (p. 45). Y con esta frase deseamos destacar la intencionalidad, elemento importante, a nuestro parecer, en la actividad de toda persona. Eso lo saben quienes han instrumentalizado la recreación al punto de convertirla en equivalente de la actividad, del hecho concreto, del acto utilitario. Esta tendencia que opone la recreación a la ética y la remite al mundo de la lógica, tiene una intención específica. Hay premeditación en ello, y lamentablemente no es percibida por quienes no han hurgado en las heridas que esa tendencia ha dejado en la piel de la experiencia latinoamericana.

1.2. La recreación y la política pública

La concepción de recreación que se pronuncie en el marco de la política pública, es sumamente importante en tanto revela su ideología y la direccionalidad de la práctica que ausculta, pero es, a la vez, la punta del iceberg de un tema que tiene grupos y concepciones encontrados en torno a las ideas de cultura, formación, educación, democracia, política, modelo de país, etc. No se concibe en esta oportunidad la particularidad del ocio como equivalente al concepto de recreación, y ello por cuanto no creemos que se traten de reali-

dades similares. Es más, en la literatura existente se constata un lugar común en estos temas tan fundamentales, esto es, la preeminencia del ocio como concepto fundante (De Grazia, 1996). Como dice Freud en su ensayo, *El malestar en la cultura* (2010, originalmente publicado en 1929), «el hombre suele aplicar cánones falsos en sus apreciaciones» (p. 02), preferimos no apostar por semejantes interpretaciones, y una de las razones (que no la única), es porque la idea de recreación ha sido maliciosa y mezquinamente angostada y limitada. Tampoco podemos aplaudir la abusiva preeminencia del diversiónismo, del tareísmo, el entretenimiento, el activismo, la exacerbación de la técnica, la magnificación de la idea del tiempo libre (como que si realmente se tratase de una gran conquista), el entierro de la lúdica como elemento vital, entre otras cosas.

La deificación del entretenimiento, la diversión y la complacencia sin fin, son claros síntomas del hedonismo que vivimos, son manifestaciones de la atmósfera consumista que respiramos y en la que lamentablemente estamos inmersos; asuntos que están arraigados en nuestras mentes y en nuestros corazones, aspectos que como sociedad no aborrecemos y con los cuales nos identificamos. Peor aún, los apoyamos porque en el fondo los amamos. Este proceso se ha convertido en uno de los fortines a defender por aquello que acertadamente llama Vargas Llosa (2012) la civilización del espectáculo; esto es, la conversión del entretenimiento y la diversión en los valores supremos de la vida. Y agrega el escritor peruano: «¿Qué quiere decir civilización del espectáculo? La de un mundo donde el primer lugar en la tabla de valores vigente la ocupa el entretenimiento, y donde divertirse, escapar del aburrimiento, es la pasión universal» (p. 33).

Hay tentaciones sutiles, de verdad, muy sutiles. Una es la de sucumbir a los laberintos de la abstracción; otra, sucumbir ante la presión terminológica inmediateista, y otra, reivindicar conceptos y prácticas que subterráneamente van haciendo un trabajo lento pero seguro, horadando y erosionando poco a poco la voluntad, la memoria histórica y la conciencia colectiva. Esa es la panacea de quienes intentan despolitizar la recreación. Es por ello que hay que desmontar el mito de la neutralidad. Esto lo afirmamos debido a que la neutralidad y la docilidad son ofertas de modelos políticos que forman patrones de comportamiento social y colectivo, separando a la gente de la cosa pública; y lo afirmamos, además, porque aunque sabemos y estamos convencidos que la recreación como asunto público no tiene colores políticos a pesar de entender que es odioso el que a la recreación se le endilgue la palabra política como adjetivo, es necesario destacar que es imposible deslindar la recreación del asunto de las políticas públicas, y ello en virtud de que se trata de un elemento de la

cosa pública, de un derecho constitucional irreprimible e irrenunciable, de una experiencia configuradora de cultura y de ciudadanía en una nación. Alejarla de la cosa pública, y por ende de lo político, significa alejarla violentamente de la formación de ciudadanía, del desarrollo de la cultura como patrimonio universal, del derecho individual y del derecho colectivo como espacio público y del encuentro de las diferentes comunidades como centro neurálgico para la construcción de colectividades y subjetividades. Significa alejarla de experiencias sociales tan necesarias como imprescindibles, entre estas, la socialidad y la socialización, la convivencia, la democracia, la tolerancia, la adaptación, el respeto, el diálogo, etc.

Llegados a este punto, debemos destacar un elemento importante en la oportunidad que nos convoca: la idea de recreación que defendemos no se casa con las tendencias positivistas eurocéntricas, ni con el empirismo norteamericano, sino que tiene total compromiso con una agenda cultural que entiende la recreación como un patrimonio de carácter universal, atemporal, e incluso, como un proceso imprescindible para la dignificación de la persona humana, con aquello que define la humanización y el elemento experiencial en un estado del ser, con aquello que configura la construcción de un espacio para el encuentro social, para el ejercicio de la democracia y la libertad, e incluso, con ese olor a tierra latinoamericana y caribeña que nos es propio.

Al hablar de transformar y revolucionar la concepción de recreación que tenemos, se trata de conmover la práctica recreativa tradicional desde la construcción de la política pública y eso pasa por diluirse entre la institucionalidad y la no institucionalidad, es decir, esto debe conmover la vida toda, o sea, no se queda y no se resume tan solo en una serie de actividades coyunturales divertidas y entretenedoras como oferta del Estado, por el contrario, tiene que ver con un sistema de vida significativo y signifiante en y desde los hogares, las familias, y las comunidades. Así, la recreación pasa entonces por ser una experiencia particular, íntima, una forma de vida que tributa al amor, a la integración, a la participación, a la creación libre y espontánea, a la solidaridad, al compañerismo, a la hospitalidad, a la disponibilidad, a la sinceridad, al acogimiento, a la honestidad, a la responsabilidad, al respeto, a la construcción e identificación de/con un proyecto de vida, a la transformación de la conciencia, a la práctica permanente de libertad en el tiempo, a la reivindicación de la memoria histórica, a la inclusión social, a la construcción de una vida diferente, en fin, a la gestación de una cultura de vida (Reyes, 2012a).

La recreación no tiene que ver de forma exclusiva con una actividad, sino que es mucho más compleja porque se relaciona con lo que le pasa a una persona en su interior, en su intimidad; tiene que ver con un estado del ser

humano que se identifica con el bien-estar, y ese estado de bien-estar conlleva a su vez a un estado de bien-ser. Por eso es que se hace cultura, y por eso es que se trata del Vivir Bien. Esta premisa nos lleva a conceptualizarla como una experiencia vital, idea que intentamos desarrollar vinculándola con la concepción de praxis (equilibrio, conjunción, armonía y coherencia teórico-práctica de Tadeusz Kotarbinski —2007 (trabajo originalmente publicado en 1955); 1965—, Pierre Parlebas —2001—, y Jean Jacques Tocqueville —1990—), y con una idea de educación estética (Gallo, 2011).

La idea de praxis en estos autores es vinculante, más aún en el caso de Kotarbinski, quien escribió importantes tratados específicos sobre praxiología. Buena parte de la obra de Kotarbinski fue justo en este campo, y ello debido a su preocupación por la disiplicencia con la cual se había tratado el tema de la teoría y la práctica, entre esas cosas que creemos, que pensamos y que consideramos sustentan las acciones humanas, Incluso, pensaba el escritor polaco, que, si las cosas que pensamos, creemos y sentimos no tienen impacto directo en las cosas que hacemos, entonces estamos en presencia de una vida falsa, de un vacío existencial. De ser así, según él, en la vida humana no hay acontecimientos.

Kotarbinski pensó el tema de las acciones humanas desde una posibilidad que él mismo llamaría felicitología, esto es, la conjunción de aquellas cosas que podemos pensar y hacer, y que conducen al hombre a la felicidad. Su idea de praxis pasa entonces por revisar lo que denominó una filosofía práctica; en otras palabras, habla de la praxiología como una ciencia enfocada en explicar y lograr la vinculación entre eso que pensamos y nos conduce al hacer, siempre y cuando nos oriente hacia la felicidad.

1.3. Conceptualizando la recreación

La idea de recreación que intentamos dejar vertida en estas páginas es una idea de recreación que reivindica la experiencia y la autonomía, la práctica y el ejercicio de la libertad, la responsabilidad y el ejercicio permanente de la democracia. Es una idea de recreación que hace y transforma la cultura, que reivindica la cultura popular y que se identifica en nuestra sangre, en nuestra tierra, en nuestro pueblo, en nuestras aguas, en nuestra memoria histórica, en nuestra gente; es una idea de recreación que se identifica en la cotidianidad, en los rostros de la gente, con lo que «me» pasa a diario, a cada momento, una idea de recreación que se identifica con lo que «te» pasa, con lo que «nos» pasa a todos; es una idea de recreación que se configura desde lo particular a lo colectivo y que se reconfigura desde lo colectivo a lo particular. Es una idea que encuentra refugio en lo que «le» pasa a los chicos que juegan pelota e` goma

al frente de la casa de la señora Carmen, una idea que encuentra significado en lo que «le» pasa a la pareja de enamorados que visitan mundos inverosímiles a través de un lenguaje comprendido a través de la mirada mientras permanecen sentados en la banca de un espacio público que ha sido rescatado y restaurado del abandono, espacios públicos en las ciudades que además comienzan a ser las ciudades de los niños (a decir de Francesco Tonucci, 2012), es una idea de recreación que se tiene a partir de eso «que» pasa (Larrosa, 2003) en la gente, en sí mismas, en sus sentimientos, en sus pensares, en sus emociones, en su caminar, en su vestir, en su hablar, en el ser de quien es... (Reyes, 2012- *b*).

¿Cómo concebimos la recreación? Como una experiencia que desemboca en una propuesta cultural y tiene como sustento epistémico y relacional un estado del ser emocional basado en la incorporación y somatización de las vivencias desde la afectividad, dándose y lográndose estas como resultado del proceso, más no como el proceso de forma exclusiva. Dicho de otra manera, ya no es la actividad el centro de la acción recreativa sino el ser humano y su sentir. Siendo así, la recreación vendría a representar un estado del ser basado en el bienestar que vivencia un individuo cualquiera como producto o resultado de cumplirse varias condiciones para la persona al participar en una actividad o al sencillamente no hacer nada. Ese estado del ser al que se hace referencia en estas líneas, es transitorio y no permanente, es a la vez íntimo, único; es irrepetible puesto que se puede cambiar de estado de ánimo de un momento a otro y con mucha facilidad, ya sea motivado por algo que sucede y que nos sucede, por algo que se escucha, por algo que se toca, por algo que se ve, por algo que se observa, por algo que se huele, en fin, por algo que se siente, o sea, pueden ser muchísimos los factores los que influyen o podrían influir en esta situación. En vista de ello, la recreación se experimenta unipersonalmente, íntimamente, por lo tanto la recreación es tan personal como lo son las huellas dactilares. Por ello se trata de una experiencia íntima, porque es eso que me pasa, que te pasa, que nos pasa.

La recreación coadyuva al ser (a ser), no solo a estar, no solo al hacer, así como la libertad se concreta en el ser y trasciende al estar y al hacer. El estar y el hacer son importantes, pero la esencia y el propósito de ambas cosas, está en el ser. Hacia allá apuntan la recreación, la educación y la libertad. A decir de Toro (2009), no se trata solo de lo que hacemos, sino cómo lo hacemos, cómo lo vivimos, qué es lo que mueve el hacer, cómo pensamos ese preámbulo, cómo lo emocionamos, esto es, cómo lo sentimos y lo ponemos en movimiento, cómo lo agenciamos en nuestras vidas y el cómo ello nos impacta. Es este «cómo lo hacemos» el que proporciona valor y sentido al «qué hacemos». Es el «cómo lo vivimos» lo que le otorga al «qué hacemos» su sentido, su valor y su significado.

Es lo que siente la persona al jugar, al reír, al disfrutar, es el cómo lo siente lo que le otorga valor y sentido a la actividad que hace. Es eso lo que se convierte en el criterio principal para que alguien decida qué hacer. Es por ello que una persona elige lanzarse en parapente y no ir a pescar; por ello que otra persona decide leer un buen libro en la quietud de su casa, mientras otro opta por asistir a un juego de baloncesto profesional, a fin de verlo entre la multitud.

La recreación está asociada con la sorpresa, lo que indica la irrepitibilidad de la experiencia en las cosas que nos son cotidianas, y a la vez, esa irrepitibilidad se corresponde con la sorpresa, con la novedad, con aquello de *primera vez* que tiene la experiencia. No se trata de que lo que se hace sea por vez primera, sino que lo que se siente sea vivido como una manifestación de novedad, esto es, con una capacidad de asombro ilimitado. Si ese sentimiento es imposible, entonces para qué la gente busca ser feliz, por qué contamos historias a nuestros hijos para que duerman, por qué los cargamos sobre nuestros hombros, por qué nos enamoramos y no nos fastidia ver a la misma persona todos los días y hablarle varias veces al día, por qué jugamos pelota con los compañeros de la cuadra los fines de semana (con la misma vieja y casi mística indumentaria, la misma pelota, los mismos compañeros, las mismas reglas)... ¿No será porque la experiencia no es precisamente el cúmulo de cosas que hacemos, sino que tiene que ver con algo mucho más profundo? Nótese: aunque el acto mismo se repite una y otra vez, nunca se vive igual, nadie lo vive igual, y cada oportunidad es una posibilidad, cada ocasión representa un salto al abismo que trae consigo todos aquellos elementos que le permiten ser disfrutable, ¿quizás, la irrepitibilidad?, ¿quizás la aventura?, ¿quizás el riesgo, la incertidumbre, la libertad?. Esto sucede de esta manera porque la vida no se captura. El momento de la experiencia misma, de eso que le pasa a quien le pasa, es efímero, y su efecto puede durar poco o mucho. Depende la persona en cuestión porque la vida es impredecible.

Trilla (2000) acota: «por lo tanto, la recreación es un estado de ánimo, de placer, de satisfacción que producen el juego y otras conductas lúdicas y no solo una serie de prácticas concretas» (s.n.). Aunque también se encuentran otras concepciones interesantes de considerar, creemos que pensar en la experiencia que vive (que siente y transforma) la persona (no como acumulado de cosas, ni trayectorias profesionales) como eso que le pasa en sus sentires, es sumamente provechoso para el estudio del campo de la recreación, habida cuenta la tendencia que abrumadoramente se inclina a estudiar la actividad como el centro de la experiencia recreativa.

Ahora bien, ¿por qué como una experiencia?. Pues, porque la experiencia, a decir de Larrosa (2000), y la forma de vivirla pueden penetrar en las intimidades en las que la actividad no puede entrar. Porque la experiencia tiene

que ver no con algo que pasa, sino con aquello que nos pasa, que me pasa, «tiene que ver con la subjetividad y esta a su vez tiene que ver con nuestras creencias; poner en juego lo que somos para que algo nos pase» (p. 09). O sea, cuando lo que pasa nos pasa, ello se convierte en un asunto vivencial, en experiencial. Y es que esta idea de experiencia es crucial para lo que hemos venido desarrollando a lo largo de este itinerario, esto es, la implicación de la recreación como una experiencia de formación humana, como un fenómeno íntimo capaz de marcar la vida de una persona, capaz de mostrar una idea de formación diferente, no la premeditada y plastificada por la institucionalización y la institucionalidad, sino una que nace de la vivencia, de la contingencia, de lo incierto, de lo que sabe la vida de cada quien. En el ideario armónicamente pensado y desarrollado por Larrosa, se plantean algunas características de esa experiencia, y en tanto es así dejaremos varias citas a manera de pistas:

Cita 1:

[...] la experiencia es «eso que me pasa». No lo que pasa, sino «eso que me pasa»... No que pasa ante mí, o frente a mí, sino a mí, es decir, en mí... Es en mí (o en mis palabras, o en mis ideas, o en mis representaciones, o en mis sentimientos, o en mis proyectos, o en mis intenciones, o en mi saber, o en mi poder, o en mi voluntad) donde se da la experiencia, donde la experiencia tiene lugar (Larrosa, s.f., pp. 88-89).

Cita 2:

[...] la experiencia supone que el acontecimiento me afecta a mí, que tiene efectos en mí, en lo que yo soy, en lo que yo pienso, en lo que yo siento, en lo que yo sé, en lo que yo quiero, etc.... se trata de un sujeto que es capaz de dejar que algo le pase, es decir, que algo le pase en sus palabras, en sus ideas, en sus sentimientos, en sus representaciones, etcétera. Se trata, por consiguiente, de un sujeto abierto, sensible, vulnerable, ex/puesto... la experiencia es, para cada cual, la propia... cada uno hace o padece su propia experiencia, y eso de un modo único, singular, particular, propio... ese sujeto sensible, vulnerable y ex/puesto es un sujeto abierto a su propia transformación. O a la transformación de sus palabras, de sus ideas, de sus sentimientos, de sus representaciones, etcétera. De hecho, en la experiencia, el sujeto hace la experiencia de algo, pero, sobre todo, hace la experiencia de su propia transformación. De ahí que la experiencia me forma y me transforma. De ahí la relación constitutiva entre la idea de experiencia y la idea de formación. De ahí que el resultado de la experiencia sea la formación o la transformación del sujeto de la experiencia... Si la experiencia es «eso que me pasa», el sujeto de la experiencia es como un territorio de paso, como una superficie de sensibilidad en la que algo

pasa y en la que «eso que me pasa», al pasar por mi o en mí, deja una huella, una marca, un rastro, una herida... la experiencia no se hace, sino que se padece (pp. 90-91).

Cita 3:

La experiencia no está del lado de la acción, o de la práctica, o de la técnica, sino del lado de la pasión. Por eso la experiencia es atención, escucha, apertura, disponibilidad, sensibilidad, vulnerabilidad, ex/posición. Eso no quiere decir, desde luego, que la acción, o la práctica, no puedan ser lugares de experiencia. A veces, en la acción, o en la práctica, algo me pasa. Pero ese algo que me pasa no tiene que ver con la lógica de la acción, o de la práctica, sino, justamente, con la suspensión de esa lógica, con su interrupción (pp. 108-109).

Nótese la importancia que Larrosa le da a elementos subjetivos como la sensibilidad, lo humano, la vivencia, la pasión, la emoción, el sentimiento, la vulnerabilidad, la idea, la creencia, el pensamiento, y aunque lo deja explícito al final de la cita, destaca la importancia de la práctica misma como posible lugar de la experiencia, no sin antes resaltar que la misma (aunque es importante) no es determinante.

Si la recreación fuese una relación basada en la estructura de la lógica humana, tan solo por participar en una actividad una persona debería recrearse, pero no sucede así. Es decir, depende de otra cosa: DE LA EXPERIENCIA. Y esa experiencia es aquella que concibe Jorge Larrosa como eso que le pasa a una persona en su intimidad.

Trilla (2000) dice que una actividad es recreativa para unos y para otros no. Ascender una montaña con todos los peligros y esfuerzos que supone puede ser recreativo para unos y para otros resultar ser el mayor castigo y sufrimiento. Y es precisamente esto lo que venimos afirmando. La recreación no homogeneiza.

Butler (1966), también lo afirma al decir que «lo que para un hombre es recreo, para otros puede ser una labor pesada» (p. 16), y luego agrega: «incluso en el caso de un mismo individuo, una actividad que proporciona recreo en un determinado momento o bajo ciertas condiciones no siempre produce la satisfacción que le da ese carácter» (p. 16). Nótese un aspecto interesante: puede ser que alguna persona participe en una actividad de cualquier tipo, con cualquier contenido y propósito, y sin embargo no se recrea. Eso tiene que ver con la incertidumbre en la recreación, con la posibilidad, no con la certeza de un destino (porque si hablamos de destino caemos en una trampa, el destino no concibe la libertad). Si la recreación fuese una actividad o un conjunto de actividades, entonces, solo por el hecho de participar en un juego o por hacer cualquier cosa con carácter recreativo la persona debería de manera causística y obligatoria

sentirse bien y recrearse, pese a todos los factores circundantes debería sentirse satisfecha y obtener lo que busca o necesita en una actividad concretamente recreativa; sin embargo, creemos que no es así, afirmar que la recreación es actividad la sitúa fuera del contexto educativo y de paso es incongruente.

Hessen (1989), en su *Teoría del conocimiento*, lo aclara aun más al exponer y dejar en evidencia el problema cuando manifiesta: «los filósofos que piensan que el principio de causalidad es inmediatamente evidente, generalmente lo expresan de esta forma: Todo efecto tiene una causa» (p. 94). Así pareciera ser concebida la recreación por el grupo de personas que se alinean con la teoría de la actividad. Insistimos: la recreación se da por la experiencia independientemente de la actividad. Esto no quiere decir que soslayemos la importancia de la actividad. Al contrario, creemos que la actividad, el denominado recreador (que para este servidor es en realidad un mediador recreativo), las técnicas y los medios son importantes, pero ni unos ni otros son lo más importante; tampoco los más determinantes. Es allí donde debemos trabajar una propuesta que permita transformar la cultura recreativa dominante; allí es necesaria una propuesta que vislumbre a la persona que se recrea como el sujeto de la acción recreativa, y en definitiva, lo que esta persona misma siente. Ni la actividad, ni la técnica, ni el instrumento, ni el medio deben ser los privilegiados, porque de ser así, ¿dónde queda la tesis aquella del humanismo como premisa de la recreación?

2. RECREACIÓN, DEMOCRACIA Y CONCIENCIA POLÍTICA

El tema que viene siendo desarrollado se implica con el asunto de la democracia y la conciencia política, en vista de que, en materia de recreación y políticas públicas, al privilegiar otra cosa que no sea al ser humano, estamos en presencia directa de una falsa premisa. Así, este tema implica la inclusión de la concepción y ejercicio de la democracia. Pero, ¿cómo puede ser la recreación un espacio para el ejercicio de la democracia y la libertad, si es el Estado, si es el patrón, si es el proponente, si es el maestro, si es el promotor o el denominado recreador, quien impone la ocasión, el qué, el cómo, la forma, el contenido, el para qué y el por qué de la acción recreativa?, ¿cómo puede ser la recreación un espacio para la reafirmación de la dignidad humana, para la consolidación de una estructura en la que se genere el verdadero ejercicio de la democracia y la libertad, si la actividad, la técnica, el medio, el instrumento, son los privilegiados? Esos son aspectos sobre los cuales hay que trabajar.

El tema supone la necesidad de transformar las esferas de la participación popular para la construcción y ejecución de políticas públicas en el campo de la recreación. Y no solo eso, sino que también supone la posibilidad de la

formación específica y la formación popular como oportunidades especiales para la gestación y consolidación de una cultura diferente y oportuna de la recreación coherente con la realidad latinoamericana. Ahora bien, no nos engañemos, el imperio de la imposición jamás será democrático. Por muy suculentas, llamativas y divertidas que se presenten las ofertas distraccionistas, seguirán siendo más de lo mismo. La democracia de la interpretación permite de todo, incluso, una solapada forma de colonialidad. Veamos:

Si queremos una cultura democrática, ¿cómo pensar en la misma si desde las prácticas recreativas, incentivamos el adocenamiento del espíritu, la dependencia de criterio y suprimimos la voluntad de elegir y proponer? Si todo lo dice y lo impone quien se supone «recrea» al otro (un mito más en la realidad), ¿qué queda entonces para el que se supone «es recreado»? La respuesta es obvia: obedecer de forma sumisa y disciplinada.

Hay cuatro ideas matrices que podemos desarrollar para variar y fortalecer las propuestas recreativas.

a) La idea pasa por reivindicar las ideas de libertad, responsabilidad, autonomía y ejercicio democrático

Las fórmulas dominantes en el campo de la animación han desdibujado a la recreación al punto de atomizar su concepto. Ello ha provocado un vaciado del término y una confusión semántica sin parangón. A la recreación se le iguala con actividad, entretenimiento y diversión, tanto, que ya pareciera que son equivalentes. Esto también ha contribuido al asentamiento de un activismo y la exacerbación de la técnica como imposición de una dizque «propuesta» cultural. En la misma cadena (una cosa lleva a la otra), el dirigismo ha sido la clave para perpetuar una tendencia que —a juicio de quien escribe— se caracteriza por la dominación cultural. Siempre hemos creído en la importancia de la actividad y la técnica, pero así como afirmamos esto, también decimos que ni la actividad ni la técnica son lo más importante en la dirección de actividades recreativas. Lo verdaderamente importante en este asunto es intrínseco al ser humano, se encuentra oculto bajo el sentimiento y la emocionalidad.

Ahora bien, ¿cómo y en qué se percibe la imposición y la dominación? Pues, en todos esos programas y actividades que no nacen de la propuesta de quien «es beneficiario»; programas y actividades que suponen una obediencia mecánica e irreflexiva al estilo del estímulo-respuesta del condicionamiento clásico, programas y actividades que no dejan espacio para la diferencia y la posibilidad, porque lo que cuenta es la homogeneización de la experiencia. En tales programas y en esas actividades se instituye una sola voz, solo se repite y se hace lo que dice quien dirige; todo está dicho e impuesto bajo la suposición de que

quien «es beneficiario» se recrea (porque la pasa 'chévere' en una actividad que es ¡divertidísima!). Lo peor es que «el beneficiario» lo asume así, lo cree, lo acepta, lo consume y lo aplaude. Hay allí una cultura de la dominación, una cultura de la manipulación, una lógica autoritaria que se va gestando desde diversas prácticas recreativas. Pero, ¿es que acaso no está eso vulnerando la dignidad humana? Freire (2008) cree que el momento en que la directividad del educador o de la educadora, del denominado recreador o recreadora, interfiere con la capacidad creadora, formuladora, indagadora del niño o el joven en forma restrictiva, entonces la directividad necesaria se convierte en manipulación, en autoritarismo. Manipulación y autoritarismo practicados por muchos educadores y recreadores que, diciéndose progresistas, la pasan muy bien.

Nos referimos a ese tipo de «propuestas», que en el fondo son propuestas impuestas o no propuestas en el sentido del término políticamente correcto, en las que el denominado recreador siempre dice qué es lo que hay que hacer, qué es lo que hay que decir, cómo, cuándo y cuántas veces, por qué y para qué (cuando de veras lo dice), todo ello bajo el disimulo de la animación, la diversión, la didáctica de la cuestión, etc. Excusas y más excusas. El supuestamente «recreado» termina haciendo, repitiendo y obedeciendo, sin más, al denominado recreador, sin posibilidades otras. Todo esto, como hemos dicho tributa al automatismo, a la dependencia de criterio (de forma muy solapada pero divertida), no a un ejercicio democrático. Dejo un ejemplo acá. El recreador dice: «repitan todo lo que hago y todo lo que yo digo», o, «repitan después de mí». Dirige actividades como: Simón dice: «las manos a la cabeza»... O actividades en las que siempre hace cosas como: levanten las manos y repetirán la canción... Estas actividades no son malas en sí mismas, el problema es cuando estas comportan casi el 100% de todo lo que se dice y se hace, cuando se impone el qué, el cómo, el contenido, la forma, el por qué y el para qué...

No se nos malentienda. No sugerimos que se eliminen del todo aquellas actividades que sean dirigidas, pero sí es necesario, urgente, que se equilibren poco a poco en virtud del impacto que tienen en los niños y jóvenes. Eso se ha ido convirtiendo en una práctica casi que institucional, en la marca de fábrica de los denominados recreadores (por lo menos eso sucede en Venezuela), y a medida que pasa el tiempo se va solidificando una práctica, una costumbre, una tradición. Mucha gente dice luego no saber qué hacer para recrearse, de allí que «necesiten», ir a un centro comercial, enclaustrarse frente a un computador, pagar servicios recreativos «para que alguien los recree», como que si no pudiesen por sí mismos autogestionarse. Rosario (2011), cree en eso y así mismo lo dice: «la gente por sí sola no puede recrearse debidamente, necesita de líderes recreativos que ayuden a esta gente (a *-sic-*) encontrar retos y

metas constructivas y que aproveche bien su tiempo libre. La recreación es pues función y responsabilidad del gobierno» (p. 16).

Para Rosario, somos unos incapaces para recrearnos por nosotros mismos, y eso supondría la justificación ideal para que otras personas hagan por nosotros lo que no podemos hacer por nosotros mismos. Según esos planteamientos, quienes dirigen son indispensables, son imprescindibles, indiscutibles, porque es que nosotros, no podemos recrearnos ¡debidamente!. Necesitamos de ellos *sine qua non*. Quienes piensan de esta manera «solamente tienen en cuenta las repercusiones externas e ignoran, tanto como pueden, los incómodos procesos internos» (Wild, 2005, p. 36).

Si fomentamos prácticas recreativas en las que las personas (participantes) puedan ofrecer, proponer, e incluso cambiar de actividad en un momento dado en función de sus necesidades e intereses, se estará sentando las bases para reivindicar ideas de libertad, de responsabilidad, autonomía y ejercicio democrático. ¿Por qué un ejercicio de libertad, responsabilidad, autonomía y democracia?, ¿así, dónde se vislumbra?: pues, en la posibilidad misma de la enunciación de propuestas por parte de las mismas personas, en la posibilidad de la participación de forma activa, propositiva, transformadora y crítica, y en la ocasión para comprender la responsabilidad en la experiencia.

El fenómeno de la libertad no se evidencia únicamente en la posibilidad de elección de alternativas existentes, sino en la posibilidad de crear opciones desde los mismos intereses, la misma inventiva, la misma enunciación. Y esa posibilidad es la que hay que promover desde la práctica recreativa si lo que se desea finalmente es la transformación de una cultura recreativa, de una concepción de recreación liberadora, una idea de democracia y de conciencia política colectiva.

b) La idea es sustituir los gritos de guerra por los cantos de paz

Esto, sin duda, ya supone un cambio importante, comenzando por el aspecto cultural. Muchas de las actividades (dizque recreativas) —que no todas—, que generalmente se realizan para animar y agitar grupos, mantener la motivación, levantar el ánimo, entre otras cosas, están orientadas a generar, consolidar y perpetuar un clima en el que, el demérito, la desacreditación, la minimización, la invisibilización —y en muchos casos la violencia—, son el elemento que propicia (según esos cánones) la diversión y el disfrute. Sin embargo, como se puede apreciar, tales pretensiones están muy alejadas de la realidad. Dudo mucho que una persona pueda sentirse bien cuando el otro le minimiza verbalmente desde la agitación. Y aunque sea divertido (para algunos), no es edificante.

El nombre que le han dado a ese tipo de manifestaciones (gritos de guerra) ya dice mucho de lo que en el fondo persigue. El espíritu que predomina en la guerra no es precisamente el de la convivencia, la tolerancia, la solidaridad, el respeto. En un campamento al que asistí recientemente, escuché a un grupo de jóvenes cantar: «Somos los leones, vamos a ganar, y al que se atravesase lo vamos a aplastar». Al contrario de ello, el canto de paz es una manifestación que tiende puentes en vez de derribarlos. Es una posibilidad que se construye desde el pensamiento, pasando por el discurso, por la oralidad, y finalmente por la práctica. Si hablamos de una cultura de la paz, pues, el canto de paz tributa a ella y permite sentar las bases para una construcción cotidiana, participativa y real. Elementos y cantos en los que se hable de unión, amistad, solidaridad, compañerismo, respeto, tolerancia, son necesarios ¡Cuán diferente serían los cantos que en vez de denigrar de otro grupo, le elogien!... De seguro, el impacto que causarían en el otro grupo sería muy agradable.

c) Una tercera idea pasa por el compartir y una disminución (que no extinción) de la competencia

La cultura de la recreación que ha prelado de forma dominante, y que ha sido fortalecida desde las prácticas de animación, es —si se puede expresar así— una cultura de carácter figurativamente sanguinaria y fratricida. Es proclive a generar la lucha y la contienda entre los grupos y personas, la competencia y el ansia de supremacía, incluso entre amigos y familiares. Sin embargo, como hemos dicho, una recreación auténtica ofrece posibilidades inigualables para el desarrollo de valores como la convivencia, la solidaridad, la tolerancia, el respeto, la justicia, la equidad, entre otros, que pueden ser permeados cuando se comparte con el otro y los otros.

Para lograr el desarrollo de los elementos de una nueva cultura de la recreación, es necesario que las propuestas giren en torno a ello. Esto es, propuestas lúdicas que fomenten el trabajo en colectivo y maximicen las oportunidades de participación sin la competencia, propuestas que generen un clima anímico mucho más favorable en contraste con el espíritu de competencia que vemos fomentado por doquier en cualquier tipo de actividades lúdicas actuales. Si estamos pensando en actividades recreativas tendríamos que disminuir (no eliminar) las actividades de carácter competitivo, evaluando el contenido, la forma y la intencionalidad de las mismas. Si queremos vivir en un mundo en el que podamos convivir, los fundamentos axiológicos de la recreación siempre serán importantes (solidaridad, convivencia, respeto, fraternidad, comunicación, diálogo, tolerancia, libertad, responsabilidad, participación libre y libre

participación), y deben ser desarrollados en todos los espacios posibles, esto es, el hogar, la escuela, la iglesia, la calle, los medios de comunicación, el estado, el sector privado, etc.

d) La idea pasa por desarrollar una política de formación

Al pensar el tema de la formación, es necesario destacar que, en el campo de la recreación, la avizoramos pensando en tres contextos: una formación especializada que atiende al sector académico y universitario; una formación de cuadros, que piense la formación de todos los cuadros directivos, esto es, de todos aquellos quienes estén involucrados en el tema de la política pública (instituciones del Estado, servidores públicos, empresa privada); y una formación popular, que piense y sienta las bases de la formación para los diversos movimientos sociales, colectivos, promotores, comunidades, comités, consejos comunales, mediadores recreativos (mejor conocidos como recreadores), entre otros. Ahora bien, esa política de formación debe pasar por la recuperación de los discursos perdidos de los invisibilizados. Es decir, hay que hacer una lectura crítica de los procesos recreativos y culturales deslastrándonos de los sentimentalismos y las tradiciones académicas. Hay que llevar a la confrontación las ideas y los supuestos que son fortalecidos y repetidos cual doctrina por la academia con aquello que realmente sucede y con aquello que realmente sienten las personas. Hay que escuchar a la gente, a los estudiantes, a los maestros, pero también a las personas de las comunidades, a esos hombres y mujeres, a los jóvenes y a los niños, porque allí hay algo que escuchar; hay que escuchar a los investigadores y expertos, pero también hay que escuchar a aquellos que no se han sentido incluidos, a quienes se les ha negado la voz, la lengua y el habla. Es muy probable que el discurso académico no se parezca al discurso de los pueblos; pues, para desarrollar una política formativa hay que dar la oportunidad para que estos se encuentren, confrontar las cosas que hacemos con las cosas que decimos y las que pensamos. Ello no tiene por qué cargar de angustia a los académicos, por el contrario, debe entusiasmarlos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Álvarez V., F. y cols. (2010). *Proyecto de Lúdica, Tiempo Libre y Recreación*. Enviado: Institución Educativa Manuel Uribe Ángel.
- Butler, G. (1966). *Principios y métodos de la recreación para la comunidad*. VI Buenos Aires: Omega.
- Caro, A. (1967). *La sociedad de consumo*. Taurus: Madrid.

- Colussi, M. (12 julio 2012). El consumismo: ¿una enfermedad?. En Colarebo.org. Recuperado de <https://colarebo.wordpress.com/category/marcelo-colussi/page/4/>
- De Grazia, S. (1996). *Tiempo, trabajo y ocio*. Madrid: Tecnos.
- Debord, G. (1995). *La sociedad del espectáculo*. Buenos Aires: La Marca.
- Finol, Y. (2012). Constitución Bolivariana vs. Real Academia. La Mancha, 10(122), 6.
- Freire, P. (2008). *Pedagogía de la esperanza: un reencuentro con la pedagogía del oprimido*. 2ª ed. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Freud, S. (2010). *El malestar en la cultura*. Recuperado de: <http://www.elortiba.org/bagayos1.html>. Consultado el 06-01-2013.
- Gallo, L. (2011). Lo que nos da a pensar Schiller para la educación corporal. En C. García (Ed.), *Hermenéutica de la educación corporal*. Medellín: Universidad de Antioquía, Funámbulos Editores.
- Heidegger, M. (1993). *El ser y el tiempo*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Hessen, J. (1989). *Teoría del conocimiento*. Caracas: Editorial Panapo.
- Jappe, A. (1998). *Guy Debord*. Buenos Aires: Editorial Anagrama.
- Kotarbinki, T. (1965). *Praxeología: Una introducción a las ciencias de la acción eficiente*. Nueva York: Pergamon Press.
- Kotarbinki, T. (2007). *Traité du travail efficace*. Bensanzón, Francia: Presses Universitaires de Franche-Comté.
- Larrosa, J. (2000). Lectura, experiencia y formación. *Revista Educación y Sociedad*, 3(1 y 2), . Instituto Pedagógico de Maturín.
- Larrosa, J. (2003). *La experiencia de la lectura. Ensayos sobre literatura y formación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Larrosa, J. (s.f.). *Algunas notas sobre la experiencia y sus lenguajes*. Conferencia en la Universidad de Barcelona, España.
- Mêlich, J.-C. (2008). Antropología narrativa y educación. *Teoría de la Educación*, 20, 101-124. Ediciones de la Universidad de Salamanca, España.
- Muñecas, A. (2010). *Nueve credenciales vivientes: Una lección disipativa a propósito de la evaluación del seminario de generación de relevo 2008-2010*. Maturín, Venezuela: Instituto Pedagógico de Maturín.
- Parlebas, P. (2001). *Juegos, deporte y sociedad. Léxico de praxiología motriz*. Madrid: Editorial Paidotribo.
- Reyes, A. (2012a). *Teoría de la recreación: claves para su resignificación*. Tesis doctoral presentada en la Universidad Pedagógica Experimental Libertador, Instituto Pedagógico de Maturín, Maturín.

- Reyes, A. (2012b). *Cultura, recreación y vivir bien*. Ponencia presentada en la V Conferencia Internacional de Actividad Física, Tiempo Libre y Recreación. Universidad de Ciencias de la Cultura Física y el Deporte «Manuel Fajardo», Cuba.
- Reyes, A. (2013). *Práctica de la libertad en el tiempo*. Texto inédito en vías de publicación.
- Rosario, M. (2011). *La recreación: estrategia metodológica eficaz para un conocimiento significativo en los alumnos de la Escuela Básica «Alto Paramaconi I», Período 2010-2011*. Trabajo de Grado de Maestría no publicado. Universidad Pedagógica Experimental Libertador, Instituto Pedagógico de Maturín: Venezuela.
- Savater, F. (2003). *El valor de elegir*. Bogotá: Ariel.
- Savater, F. (2012). *Ética de urgencia*. Bogotá: Ariel/Planeta.
- Terigi, F. (2006). *Diez miradas sobre la escuela primaria*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Tocqueville, J. J. (1990). *Teoría de la Educación Física*. Armenia: Editorial Kinesis.
- Todes, D. F. (2002). *Fisiología de Pavlov*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Tonucci, F. (2012). *La ciudad de los niños. Un modo nuevo de pensar la ciudad*. Caracas: Editorial Laboratorio Educativo.
- Toro, J. M. (2009). *Educación con «co-razón»*. 7ª ed. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Trilla, J. (2000). ¿Qué es la recreación? *Revista Argentina de Educación Física*, 10. Buenos Aires.
- Vargas Llosa, M. (2012). *La civilización del espectáculo*. Madrid: Alfaguara.
- Wild, R. (2005). *Educación para ser. Vivencias de una escuela activa*. Madrid: Herder.
- Zambrano, M. (2004). Por qué se escribe. En *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid: Alianza Editorial.

Fecha de recepción: 03-VII-2013

Fecha de primera evaluación: 19-XII-2013

Fecha de segunda evaluación: 27-I-2014

Fecha de aceptación: 30-I-2014